

encinas de ramajes entrelazados cubrieron la marcha de los persas; pero el ruido inevitable que levantaba la caída y desprendimiento de algunas piedras, y hasta el rumor de las hojas secas pisadas por los asediadores, mostraron á los focios la certeza del peligro y la inminencia del encuentro. Descendieron á una éstos para cortar al enemigo el paso; mas tuvieron que ceder acribillados de flechas. Conseguido aquel paso, inaccesible hasta entonces, mostráronse los enemigos frente á frente del áspero y formidable lugar agrio y ríscoso defendido por Leonidas. Al verlos tan embreñados ya la gente griega, intensa perturbación se apoderó de todos, asomando su faz siniestra la Discordia coronada con su cabellera de serpientes. Unos querían la retirada inmediata emprendida violentamente al grito de «¡sálvese quien pueda!» mientras otros presentaban como supremo recurso una defensa más hacia abajo, más hacia el Mediodía, en Corinto, por ejemplo. Hasta hubo quien quiso entregarse á Xerxes. Oprimida una parte de los griegos por locales tiranuelos, creían emancipación casi el cambio de las tiranías próximas por la tiranía lejana de un déspota oriental. Unos versos del gran Esquilo muestran cómo feneciera la confianza de los pueblos griegos en sus reyes y cómo se mostrara en aquel supremo instante la incontestable supe-

rioridad y ventaja de las repúblicas y las democracias sobre las monarquías.

La voz del patriotismo lo acalló todo. Los Estados griegos aparecían superiores á los Estados asiáticos, aunque revistieran la forma monárquica. Las monarquías helenas hallábanse de suyo sujetas á las leyes. Y la ley enaltece al hombre, mientras lo corrompe y esclaviza el despotismo. Leonidas expresó el verdadero sentimiento de todos los griegos al proponer una resistencia desesperada y á muerte. Todo el espíritu exhalado por aquella tierra de la democracia y de la libertad se condensó en el hombre superior que sabía cuántos heroísmos para lo porvenir podían amasarse con el polvo levantado en aquellos combates heroicos y con la sangre difundida por las venas de aquellos hombres libres. Tespios y tebanos, últimos sobrevivientes, juraron morir al lado y en compañía de los suyos, para que sus cadáveres sirvieran también como de una égida moral á la patria, y á la libertad, y á la gloria de todos. Los marinos de Xerxes ascendían por las costas, mientras los soldados de Idarnes bajaban por las breñas. El sol salía cuando Leonidas y sus compañeros abandonaban sus ocultas guaridas y surgían armados y retadores en busca de luz y de aire. Las recatadas trincheras de los griegos quedaron desiertas, y el punto de ataque fué acorrido

por su esfuerzo. Todos sabían que iban á la muerte, pero á una muerte lograda, no por tristes y serviles resignaciones, por gloriosos y supremos esfuerzos, peleando en porfiados combates y muriendo en inevitable martirio. Llegó la batalla decisiva en el terreno más amplio que podía ofrecer á los combatientes desfiladero tan estrecho. Los griegos, enfurecidos, despiadados, con el encarnizamiento propio de la desesperación, resueltos á que su muerte se compensara con creces incalculable en las filas contrarias, pisaban entrañas en los riscos á la manera que pisa uvas el vendimiador en los lagares. Cada griego presentaba seis ó siete muertos á sus plantas, como esas estatuas simbólicas del heroísmo y del combate que se alzan sobre los cadáveres. La imagen de su patria y el sentimiento de su libertad los alentaba, mientras el déspota oriental tenía que poner á las espaldas de sus falanges, inertes y pesadas, cortesanos y sátrapas suyos, armados de látigos que hirieran á sus esclavos y los excitaran con estas vergonzosas heridas materiales al combate y al holocausto por su aborrecido y aborrecible déspota. Pocas escenas tan instructivas en la historia, pocos paralelos tan reveladores del abismo que media entre la libertad y la servidumbre. Aquí la honra y allí la fusta. La puntiaguda lanza helénica clavábase con furor en

las carnes asiáticas, cual si tuviese animación y fuerza de un organismo, defensor de sus héroes. Al aliento moral de los libres petrificábanse bajo el peso de sus cadenas los siervos. Parecían los pocos muchos, por la superioridad intelectual y moral; los muchos pocos, por la escasez de sus fuerzas materiales. Así una gran parte de los asiáticos aquellos quedaba por los riscos aplastada, mientras otra gran parte caía rodando por las breñas y se ahogaba en el mar.

Pero imposible toda resistencia contra número tan excesivo de contrarios superiores en fuerza. Leonidas comprendió que había llegado la hora solemne del sacrificio y que le tiraba ya de los cabellos la muerte. Habíase preparado á esta inmólación durante muchos días, como se preparaban los jóvenes atletas á los juegos ístmicos y olímpicos. Al verlos con sus lanzas de oro en el puño, sus escudos reverberando la clara luz del cielo en su brazo, á la cabeza su corona de verdaderos héroes, la multicolor cimera, en actitudes artísticas, ó mejor dicho, escultóricas, los diríais dioses tallados por el cincel de Fidias y venidos en falange armoniosa por una especie de animación á ellos comunicada desde las cumbres ideales de una inmortal poesía. Lo cierto es que aquellos trescientos espartanos podrán haber sentido en el supremo trance todos los instintos

de conservación que asaltan á las especies en sus combates por la vida, y habrán usado todos aquellos medios de horror por el odio sugeridos en la guerra y en la propia defensa; mas la sublimidad incontestable del sacrificio y la grandeza increíble del instante los ha transfigurado en términos de aparecer como un ideal inextinguible ante la memoria y la conciencia humana. Vióse desde los primeros encuentros la superioridad entre una táctica y otra táctica, entre unas armas y otras armas, entre una civilización y otra civilización. Mientras el asiático despedía sus flechas á bulto, y en montón, no se perdía del griego una lanzada. Cuando las lanzas, á puro combatir, se habían roto, después de haber ensartado y muerto enemigos á millares, valiéronse los griegos de sus cortas y eficacísimas espadas. Cuando las espadas también se habían mellado en los huesos enemigos, combatieron cuerpo á cuerpo. Leonidas enseñó la colina donde todos habían de sucumbir como un ara religiosa, cuyo fundamento estaba en la patria y cuyo dosel ó solio allá en los cielos. A las diez de la mañana iban llegando los persas, que habían ganado las alturas, al boquete de las Termópilas. El héroe dijo á los suyos que no temblaran, pues todos, al despedirse de su Esparta, dijeron en testamento su voluntad última y nombraron sus respectivos herederos. Ya

solamente les quedaba morir por su Grecia. Apenas había dicho esto, cuando un dardo lo derribó por tierra y le arrancó la vida. El aliento último de sus labios y el primer vuelo de su espíritu sirvió para enardecer á los suyos. Todos creyeron que aquel suspiro les acariciaba las sienes y que aquel espíritu los dirigía en los aires al sacrificio. Lo cierto es que cuatro batallas trabaron los trescientos espartanos alrededor del cadáver de Leonidas y en las cuatro batallas á una salieron triunfantes. El número, sólo el número, que subía de las costas y bajaba de las cumbres, á modo de langostas y de moscas, rodeando á los vencedores, dió cuenta de todos ellos. La horda oriental venció por una fatalidad mecánica, puramente mecánica, en aquel encuentro, á la sabia y libre falange; pero ésta derribó en el suelo veintinueve mil bárbaros.

Xerxes puso en una cruz el cadáver de Leonidas. ¡Ah! esas cruces alzadas por los caminos de la historia resultan en las perspectivas de los tiempos y en los juicios de la posteridad las cumbres del humano espíritu. En la cruz del héroe Leonidas, en la cruz del divino mártir Cristo, en la cruz del siervo Espartaco, se ha redimido el humano linaje y se han condensado las más altas revelaciones del alma humana y los más sublimes principios del progreso universal. Ellos son nuestros redentores

por haberse inmolado y haber muerto: éstos para que tuviéramos patria, aquéllos para que tuviéramos alma, todos para que tuviéramos libertad. En el sacrificio de Leonidas se han inspirado cuantos han combatido con el arma de una idea contra los bárbaros decretos y contra las terribles imposiciones de la fuerza. El griego moderno, que peleara contra el mongol musulmán, y los españoles que desde las ruinas de Zaragoza y de Gerona salvaran al mundo del cesarismo y sus reacciones, repiten y reproducen tras tantos tiempos el ejemplo de Leonidas y su redentor sacrificio. Por eso hasta en una fría clase de retórica los ojos se os arrasan de lágrimas, y os salta el corazón en el pecho, al oír la inscripción puesta por los griegos sobre los riscos sacros que fueran túmulo de sus héroes: «Caminate, ve á decir á Esparta cómo hemos muerto aquí todos por obedecer sus santas leyes.» Una mujer cual Gorgo no pudo menos de alcanzar influjo sobre su marido. Así cuentan que, habiéndola preguntado una extranjera por qué las mujeres lacedemonias eran las únicas en el mundo que mandaban sobre los hombres, le contestó la viuda de Leonidas: «Porque también son las únicas que paren hombres.»



## ATOSSA

Personificamos en esta mujer extraordinaria el combate gigantesco entre Grecia y Asia terminado por aquellas victorias de Maratón, Platea y Salamina, en las cuales vence, no sólo el genio griego, el genio humano, á las viejas tiranías y á las antiguas castas. Mientras viva el hombre, mientras la historia conmemore los humanos hechos ¡ah! tres palabras expresivas de tres combates significarán el predominio de la idea sobre la fuerza, envaneciendo y ufanando á la humanidad como ninguno de sus timbres. El imperio persa, representante legítimo del Asia, se había compuesto en términos de allegar todas las tierras históricas, lo que podríamos llamar el viejo mundo entonces, y extender su mano sobre lo que podríamos llamar el nuevo mundo, las colonias diversas, pero todas arias, del territorio y mar helénicos. Los dos ríos, el Tigris y el Éu-